



Karin Alvtogen

Culpa

Culpa relata las dificultades que debe superar Peter Brolin, un hombre que, tras quince días sin salir de casa, se aventura a pisar la calle. La casualidad quiere que, por error, una mujer se le acerque, le entregue un paquete y le pida que lo haga llegar a la oficina de su marido. Preso de un ataque de pánico y comprometido por el dinero que le ha entregado la mujer a cambio del servicio, Brolin acabará viéndose involucrado en la persecución de una mujer loca y enfurecida.

En una cacería en la que no queda claro quién es el cazador y quién es la presa. Soledad y locura en un thriller asfixiante, en el que Alvtegen resuelve brillantemente las altas exigencias de la tensión, el tempo y las sorpresas. Por eso cualquier amante de la novela policíaca quedará atrapado en las redes de una intriga tan terrible como oscura.

*Dedico este libro a mi hermano mayor Magnus Alvtegen
1 de enero de 1963 - 21 de junio de 1993*

1

Un millón trescientas cincuenta y dos mil coronas. Ésa era la suma total. Su fracaso estaba por escrito, cuidadosamente anotado por algún diligente empleado de banco. El café se había enfriado hacía rato. Alargar la mano y levantar la taza parecía algo irrealizable, como una misión imposible.

En un rincón del fondo había dos muchachas sentadas a una mesa riéndose, cada una con un cigarrillo en la mano. No podía oír lo que decían pero con toda seguridad no hablaban de él.

Siempre había odiado el humo de los cigarrillos.

Estaba sentado a una mesa junto a la ventana porque había tenido miedo de desaparecer si se introducía más en aquel local pobremente iluminado. Era la primera vez que salía de su piso en once días, y el desafío le había supuesto un inmenso esfuerzo.

Estaba completamente agotado.

Desde su sitio podía ver la puerta; ya había dejado sobre la mesa el dinero justo del café por si repentinamente sentía la necesidad de salir corriendo. No se podía permitir la propina.

Además, ni siquiera había probado el café.

Sonó la campanilla en la parte superior de la puerta y entró una mujer. Él miraba en esa dirección, por lo que no pudo evitar mirarla.

Tanto su abrigo marrón como su cabello negro azabache tenían motas blancas por la nieve que caía fuera. Llevaba unas grandes gafas de sol que le sentaban mal y que se empañaron rápidamente al cerrar la puerta. Se quitó las ga-

fas y miró a las risueñas muchachas del fondo; luego dejó que su mirada vagase por el local. Al verlo a él, un ligero cambio en sus ojos reveló que había encontrado lo que buscaba. Su mirada decidida hizo que él deseara que le tragara la tierra. Ella secó el vaho de sus gafas con un pañuelo, se las volvió a poner y dio con decisión cuatro pasos que la llevaron junto a su mesa, casi rozando la silla de enfrente.

Él no podía ver sus ojos, pero ella estaba demasiado cerca para pensar que miraba a otra persona; durante un instante creyó que la cifra 1 352 000 había aparecido en su frente para delatar su deuda.

Ella inspiró ligeramente.

—¿Per Wilander, *I presume*?

Esbozó una ligera sonrisa como si hubiese ensayado la frase y estuviera orgullosa de recordarla.

—Siento llegar tarde, pero ya sabe cómo son las mujeres en mi estado.

Se palmeó suavemente la barriga y entreabrió el abrigo de modo que sobresalió una pequeña redondez. Él no podía pronunciar ni una palabra. Intentó controlar la situación pero no pudo. Quizá la parálisis ya se había extendido por todo el cuerpo.

—Debe saber que dudé antes de llamarle. Me acordaba de ese jugador de tenis que se llama Wilander y quién sabe qué tipo de gente es ésa que da la vuelta al mundo dándole un poco a la raqueta y se embolsa millones mientras nosotros tenemos que quedarnos aquí en casa trabajando duro para llegar a fin de mes. ¿Qué hay en darle a la raqueta? Todos lo hacemos y nadie nos paga por eso.

Él la miró fijamente como si la puerta del café hubiera permitido la entrada a una diabla en el local. De cero a cien en tres segundos.

No estaba seguro de que su cerebro soportara esto. La puerta se encontraba a solo cuatro pasos pero estaba paralizado y la diabla bloqueaba el camino.

—¡Huy! No paro de hablar. Por favor, un *silverte* con limón.

La camarera, detrás de la barra, asintió.

—¿Sabe? En mi situación resulta bastante pesado permanecer mucho tiempo de pie. Las piernas se resienten de soportar tanto peso; el café tampoco es bueno.

Sin quitarse ni el abrigo ni los guantes se encajó en la silla de enfrente. Dejó un gran bolso en el suelo haciendo una mueca.

—La espalda también se resiente. Pero ya comprendo que un detective privado no tiene la culpa de compartir apellido con un tenista de pacotilla. Esa fue la razón de que me armara de valor y finalmente le llamase. ¡Gracias, guapa!

Esto último iba dirigido a la camarera que llegó con una taza de agua hirviendo y una pequeña rodaja de limón.

Estaba paralizado. Ahora no había duda. El cuerpo no le obedecía. Veía a la diabla como a través de un túnel y el resto del local desapareció. Le zumbaban los oídos y los latidos del corazón retumbaban en su pecho.

No consiguió emitir ni un sonido.

—Por supuesto este pequeño encargo no será tan interesante como a los que seguramente está acostumbrado, pero es importantísimo para mí. Mi marido y yo solemos darnos sorpresas, pero últimamente me he sentido muy cansada, por el embarazo, claro, y tengo miedo de haberlo descuidado demasiado.

Parecía haber entrado en los cuarenta. Un par de cejas negras sobresalían por encima de las gafas, el resto del rostro era sonrosado y algo áspero. El cabello era inusualmente negro y cortado estilo paje; pudo ver a través de su túnel que la nieve del abrigo se había derretido pero no la del pelo. Eso le hizo convencerse.

Aquella no era una persona real. Ahora se había vuelto loco de verdad.

—El pequeño encargo es simplemente ir a su lugar de trabajo y entregar este paquete.

Haciendo otra mueca se agachó hacia el bolso y sacó un pequeño paquete. Él inclinó la cabeza para bajar la visión de túnel hacia el tablero de la mesa. El paquete era algo más grande de los que le dan a uno en una joyería cualquiera y el papel estaba lleno de rosas impresas. Debajo de la cinta roja había una rosa seca.

—Solo tiene que dárselo y el resto irá solo. Espero que sepa lo agradecida que le estoy. ¿Cubren mil coronas sus gastos? ¡Huy, cómo pasa el tiempo! Tengo hora con mi ginecólogo.

Se puso de pie sin ninguna dificultad, dejó dos billetes de quinientas y un papel sobre la mesa.

No había tocado su *silverte*.

—Quizá tenga alguna razón para volver a llamarle —dijo esbozando una sonrisa y desapareció a través de la puerta sonora.

Lo tomó como una amenaza.

Poco a poco el túnel se hizo más grande y su campo de visión abarcó de nuevo todo el local. Desapareció el zumbido de sus oídos y pudo oír la risa de las chicas del fondo. Intentó respirar con calma.

Estaba totalmente desorientado. ¿Qué había pasado? Bajó la vista hacia la mesa y vio que había ocurrido de verdad. El paquete era demasiado palpable para atribuirlo a una pesadilla. Intentó alzar el brazo cuidadosamente y notó que funcionaba. Cogió el papel que ella había dejado sobre la mesa y leyó:

*Olof Lundberg
Lundberg & Co. Agencia de publicidad
Karlavägen 56*

Pobrecito, pensó.

Sintió que el cuerpo le respondía de nuevo. El ataque había pasado. La inverosimilitud de la situación le hizo espabilar y le distrajo de su millón trescientos cincuenta y un mil novecientos noventa y nueve auténticos problemas. Sintió que estaba dispuesto a entregar un paquete en Kuala Lumpur si eso podía disminuir el riesgo de encontrar a esta mujer de nuevo.

Llamó a la camarera para pagar el *silverte* de la diabla. Esta vino inmediatamente y lanzó una mirada a las tazas sin tocar.

—Bah, hoy es gratis. Además, tampoco era una gran venta.

Sonrió indeciso. No estaba del todo seguro de que el rostro le funcionara. La camarera cogió las tazas y se fue; él intentó ponerse de pie. Las piernas todavía le temblaban pero supuso que podría salir por la puerta sin despertar demasiado la atención.

En la calle aún nevaba. Hacía un frío gélido pero el aire fresco fue como una liberación. Alzó el rostro hacia los copos de nieve y cerró los ojos. Palpó cuidadosamente el paquete en su bolsillo. La rosa seca se apretujaba contra el forro del bolsillo y ahuecó la mano a su alrededor para protegerla.

Ya que no tenía otra cosa que hacer se dirigió hacia Karlavägen. Sintió un intenso deseo de deshacerse del paquete y olvidar a la inoportuna mujer. Ella lo había interrumpido en su miseria y había quedado claro que no estaba preparado para eso. Se sobrepuso a un deseo de tirar el paquete al pasar junto a una papelera y apresuró, resuelto, sus pasos.

En realidad lo que más le molestaba no era el paquete, sino que él se llamaba Peter Brolin y que nunca en sus treinta y nueve años de vida, ni siquiera en su más tierna juventud, había fantaseado con ser detective privado.

2

El portal de Karlavägen 56 era grande y lujoso, al igual que la escalera interior. Una placa de bronce con el logotipo de Lundberg & Co. informaba de que ésta se encontraba en el quinto piso. Abrió una puerta de hierro forjado y se encontró con un diminuto ascensor que aseguraba tener cabida para tres personas. El lugar parecía ideado para sufrir un ataque de claustrofobia, así que decidió utilizar la imponente escalera de mármol.

Después de que su médico de cabecera le recomendara hacer ejercicio como único remedio para sus agudos ataques de angustia y de que se lo sacara de encima dándole el número de teléfono del psiquiatra de urgencias, al que nunca se había atrevido a llamar, había estado corriendo unos cuantos kilómetros cada semana. Aunque no había servido contra la angustia por lo menos había podido observar los cambios de las estaciones en Vitabergsparken, y, además, estaba lo suficientemente en forma como para aguantar cuatro o cinco pisos sin demasiado esfuerzo.

En el quinto piso había dos puertas; en una de ellas no había ninguna placa, lo que parecía indicar que la agencia de publicidad Lundberg & Co. ocupaba toda la planta. Se atusó el cabello y lanzó una mirada a su imagen reflejada en la placa de bronce de la puerta. Rápidamente comprendió que eso solo aumentaba su nerviosismo y sacó el paquete del bolsillo antes de que le abandonase el valor. La rosa tenía menos pétalos que antes, pero su aspecto anterior no era mucho mejor.

No había ningún timbre, de modo que después de respirar hondo abrió la puerta y entró.

La joven que estaba detrás del mostrador hablaba por teléfono y solo le lanzó una mirada distraída. La habitación en la que se encontraba era prácticamente circular y parecía un gran vestíbulo. Había unas cuantas puertas abiertas alrededor pero ninguna ventana. De las aberturas de las puertas salían voces y una tenue música de alguna emisora de radio; de las paredes colgaban una veintena de cuadros con grandes huevos dorados o plateados. Debajo de cada huevo había algo escrito, pero con un texto tan diminuto que, o se tenía una vista de águila, o había que ser enfermizamente curioso para acercarse a leer lo que ahí se decía.

Detestaba las habitaciones sin ventanas.

La chica del mostrador era atractiva y llevaba una ajustada camiseta negra. Parecía tener mucho que hacer pues hojeaba una pila de papeles que parecían importantes; terminó la conversación telefónica diciendo con una voz forzosamente agradable que claro que podía informarse del número del móvil de Patrik.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó y continuó hojeando los papeles.

—Busco a Olof Lundberg.

—Sí. ¿De parte de quién? —sonrió y cogió un bolígrafo y un papel.

Comprendió que debía de ser importante saber quién deseaba verlo. Había un evidente peligro de que Olof Lundberg solo estuviese disponible para personas realmente importantes y él era completamente consciente de no pertenecer a esa categoría.

—Puede decirle que es de parte de su esposa.

La sonrisa de la chica desapareció al momento, como si le hubiese hecho una proposición indecente. Sin decir ni una palabra se dio media vuelta y se dirigió rápidamente hacia la única puerta cerrada, aparte de la que daba al re-

llano. Después de llamar nerviosamente tres veces abrió la puerta sin esperar respuesta, entró y cerró tras de sí.

Estaba solo en el vestíbulo.

El y el paquete.

Y muchas puertas.

Sólo una conducía al aire libre y al oxígeno y a la nieve y al frío y lejos de ese lugar.

Tenía que aguantar solo un instante más, solo un instante para poder dejar tras de sí toda esta historia con la conciencia tranquila y mil coronas más en el bolsillo.

Después de unos minutos un hombre que bien podía ser el mismo Olof Lundberg abrió la puerta. La chica del mostrador pasó junto a él y lanzó una mirada temerosa a Peter como si hubiera deseado que a estas alturas, ya se hubiera esfumado.

—Pase por aquí —dijo Olof Lundberg con una voz tan intimidatoria que toda su carrera como jefe de su propia y exitosa empresa parecía no tener ningún valor.

Peter no había pensado decir no, pero el arrogante tono de voz del hombre le enfureció, lo cual era la mejor manera de evitar un inminente ataque. El sentimiento le dio fuerzas.

—Muchas gracias —se oyó decir aunque no era esa su intención.

Lo primero que vio fue que el despacho de Olof Lundberg tenía ventanas; éstas estaban en la pared del fondo, enfrente de la puerta, y proporcionaban una extensa vista sobre las copas de los árboles de la alameda de Karlavägen. Las otras dos paredes eran de cristal y dejaban ver unas oficinas sin tabiques que formaban un semicírculo en torno al vestíbulo sin ventanas. No pudo recordar que el edificio fuese redondo por fuera, pero dejó en suspenso el asunto. Olof Lundberg se había sentado tras su mesa. Toda la oficina era moderna y a todas las visitas les quedaba perfectamente claro que ahí dentro se estaba al día en todo lo

nuevo sobre los *megabytes* y el ciberespacio. Únicamente la presencia de Lundberg recordaba que en el mundo había cosas que se habían creado hacía más de tres meses. Peter pensó que debía frisar en los sesenta, lo cual sin duda era el doble de la gran mayoría de personas que se encontraba en la oficina al otro lado de la pared. Aun cuando su vestimenta era juvenil y se movía con una evidente agilidad, había en su mirada un cansancio que no conseguía ocultar.

Lundberg cogió un mando a distancia y pulsó uno de los botones. Unas cortinas corrieron mecánicamente blancas por las dos paredes de cristal y les aislaron del mundo exterior.

Peter aún se sentía irritado por el recibimiento y aunque ese sentimiento le diera un cierto aplomo estaba contento de que las ventanas quedaran descorridas.

—¿Quién es usted y qué tiene que ver con mi mujer? —preguntó Lundberg y miró recelosamente el paquete que Peter aún llevaba en la mano.

Peter creyó durante un instante que estaba celoso, pero el recuerdo de su propia imagen reflejada en la placa de bronce le hizo desechar el pensamiento. Ese lugar le hacía sentirse desanimado y anticuado; se le pasó por la cabeza que debería cortarse el pelo.

—Me llamo Peter Brolin y le aseguro que no tengo nada que ver con su esposa, pero hace un rato me pidió que le hiciera un favor y le entregara a usted este paquete.

Decidió no comentar nada sobre los dos billetes de quinientas coronas. No porque eso obligara a Olof Lundberg a pasar hambre sino porque, cada vez más, Peter sentía que se los había ganado.

Lundberg se puso de pie, se acercó y observó el paquete sin hacer ningún gesto por cogerlo.

—¿Dónde se encontró a mi mujer?

—En la pastelería Nylén en Surbrunnsgatan.

—¿Sabe dónde se encuentra ahora?

Intentó imaginarse a la mujer del café junto al hombre que estaba frente a él. No fue fácil. Ella desentonaría en esta habitación como un mamut en el museo de Tecnología.

—¡No, no lo sé!

Comenzó a preguntarse cuál de los dos esposos, que sin quererlo había conocido, era más desagradable.

De repente algo le vino a la memoria.

—Si no recuerdo mal dijo algo sobre que tenía que ir al ginecólogo.

Se dio cuenta de que se sonrojó al decirlo, como si Lundberg pudiese creer que era el propio Peter quien había realizado la exploración. Entonces se irritó de nuevo. Joder, él no había pedido que le hicieran ninguna confidencia. En realidad, no había pedido nada, y comenzaba a cansarle ser tratado como un sospechoso al que ese gurú de la publicidad podía interrogar como si fuera el mismísimo dios padre.

Se puso de pie para irse, se acercó a la mesa y dejó el paquete.

Su encargo estaba más que cumplido.

Lundberg se había sentado de nuevo y observaba con recelo el paquete adornado de rosas.

—Me imagino que no sabrá a qué ginecólogo ha ido — dijo en voz baja.

Algo hizo que Peter se enfadara.

—Estoy aquí porque su mujer me pidió que le entregara un paquete importante. No puedo decir que me llenara de satisfacción su petición pero por razones que ahora no vienen al caso no me dio tiempo a decir no antes de que desapareciera y dejara el maldito paquete sobre la mesa del café en el que estaba sentado sin ganas de hablar con nadie. No me pareció que tuviera otra elección que venir hasta aquí y entregarlo. Le pido mil disculpas por haber abusado del valioso tiempo del señor director y le ruego le diga a su esposa que debería dejar de abordar a hombres solos. ¡Por lo menos a mí!

El mismo Peter se sorprendió. No recordaba la última vez que había dicho tantas palabras seguidas.

Durante su ataque algo fuera de tono, Lundberg había levantado la vista y lo había observado con una especie de renovado interés; bajó de nuevo los ojos y contempló fijamente el paquete.

No era un hombre que estuviese acostumbrado a ser increpado. Peter sintió que la explosión le había subido la moral y se sintió más tranquilo de lo que se había sentido desde que el banco le telefoneó nueve días atrás para informarle de que su empresa estaba en bancarota.

Lundberg respiró hondo como poniéndose en guardia. A continuación comenzó a abrir el paquete. Sujetó la rosa seca entre el pulgar y el índice y mantuvo los otros dedos abiertos para tocarla lo menos posible. La tiró inmediatamente a la papelera.

Peter arqueó las cejas y lo observó sorprendido.

—No es lo que parece —dijo Lundberg con voz cansada.

Abrió el paquete y sus hombros se hundieron. De repente se esfumó todo su aplomo y, por un instante, Peter sintió que él era el dueño de la situación.

—Mi mujer murió hace tres años.

Un rayo alcanzó a Peter y notó que de pronto su cerebro se quedaba totalmente vacío. ¿Qué estaba pasando? ¿Solo había soñado? ¿Se estaba volviendo loco?

—¡Pero si está embarazada! Su mujer...

Lundberg cerró los ojos y la boca como si hubiese sentido unas repentinas náuseas. A continuación tiró la cinta y el papel rasgado, y apareció una caja de terciopelo rojo. Había una tarjeta de floristería con un dibujo de un ramo de rosas rojas pegada a la tapa. «El amor lo puede todo», decía en tinta roja y con un estilo exageradamente ceremonioso. Lundberg entreabrió cuidadosamente la tapa.

—¡Joder!

Se echó de golpe hacia atrás en la silla y ocultó el rostro con su mano derecha.

Peter lo observaba. Lundberg no daba muestras de interés. Peter dio un paso hacia la mesa y el atormentado hombre le hizo una señal con la mano izquierda indicándole que podía abrir la caja si lo deseaba. Peter dudó un segundo. A estas alturas la curiosidad sobre lo que había llevado en el bolsillo durante su paseo era más fuerte que él. Sin acercarse del todo rozó la tapa con su índice derecho. No necesitó acercarse más para ver lo que había sobre el algodón de la caja. Era el dedo de un pie.